

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.

PROVINCIAS
— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m/m

Madrid **Cómico**
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 19

UNION POSTAL
— Un año, 15 pesetas. —

VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjero: Ptas. 0,35 línea de 45 m/m

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA



DE TODO UN POCO

—¿Es este el tranvía de Carabanchel?
—Sí, señor.
—Muchas gracias... ¡Demonio! ¡Y está lleno! Tendré que ir de pie, agarrado a este guardia municipal que tiene cara de buena persona. ¿Cómo? ¿Aún no hemos empezado a andar y ya nos paramos? Cobrador, diga usted; ¿a qué obedece esta parada?
—Estamos esperando un cruce.
—Pues a este paso no voy a llegar a la boda.
—¿Adónde va usted?
—A Carabanchel.
—Pues este coche no pasa de la Fuentecilla.
—¡Caracoles! ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes?
—Hábermelo preguntado.
—Pero...
—No tengo ganas de conversación.
—Usted dispense... Gracias a Dios que reemprendemos el viaje... Guardia, hágame usted el favor de no empujar.
—Yo no arrempujo.
—Hombre, sí; va usted metiéndome la empuñadura del sable por la boca del estómago.
—¿No ve usted que vamos aquí ocho personas?
—Sí, ya lo veo y debiera usted evitarlo, porque esto es un abuso.
—¡Ta... ta... ta...! ¡No quieren ustedes pocas cosas por quince céntimos!
—¿Otra paradita?
—Sí; es que se ha caído una mula sobre una lavandera.
—¡Demontre! ¿Pero qué? ¿Tenemos que bajarnos todos?
—No es necesario, pero bien podía usted bajarse, como hacen otros, a ver si levantamos a la mula.
—¿Que la levante el nuncio!
—No se le caería a usted ninguna venera. Personas más elevadas que usted han levantado mulas... Aún la otra tarde estuvo ayudándonos uno del Congreso hispano-americano.
—Nada, la mula no quiere levantarse.
—¡Pastoral!... ¡Riá!... ¡Me caso con veinticinco!... ¡Pastoraaaal!...
—Díganla ustedes que la van a leer unos versos de Catalina; verán como se levanta.
—¡Riá!... ¡Pastoral!
—¡Dios mío! Las nueve y media y a las diez es la boda. ¿Qué dirá mi amigo Fernández si no me ve en la iglesia?
—¡Pero, ustedes se proponen levantar la mula por la persuasión?... Menos mal; parece que ya se incorpora... Hombre, péguela usted otro poquito... Vaya, ya se ha levantado. ¡Loado sea Dios!... ¿Qué se le ofrece a usted? ¿El billete? Sí, señor; aquí está; lo guardo como oro en paño; no quiero que me suceda lo que a un amigo en el tranvía de las Ventas. Perdió el billete y por poco lo matan entre un inspector y un encuartero... Guardia ¡por la Virgen Santísima! Me ha pisado usted cinco veces en el mismo dedo. ¿Le es a usted lo mismo pisar a ese otro señor de la derecha? Que alternemos todos en el sufrimiento... ¿Estamos ya en la Fuentecilla? ¿Hay que apearse? ¿Tardará mucho en llegar el coche de Carabanchel?
—Poco.
—Más vale así.
(Pausa prolongadísima).
—¿Es este el que va a Carabanchel?
—No, señor.
(Otra pausa).
—¿Este coche sigue a Carabanchel?
—No, señor.
(Nueva pausa).
—¿Va a Carabanchel?
—No.
(Pausa).
—¿Va a Caraban...?
—Sí, señor.
—¡Ay! ¡Bendita sea la Providencia!
—¿Pero, adónde va usted?
—A Carabanchel.
—Este no pasa de la estación. El de Carabanchel llegará ahora.
—¿Cómo?

—Que se tiene usted que bajar.
—¿Más bajo todavía?...
Por fin llega el deseado vehículo, que es asaltado por una turba de viajeros impacientes, como yo. Uno me empuja, otro me pisa, otro me coge por los faldones del chaquet, haciéndome perder el equilibrio y obligándome a chocar con una señora que va abrazada a un perro y a un envoltorio. La señora grita, el perro ladra; yo me disculpo y la señora en su aturdimiento penetra en el carruaje y se sienta sobre un maragato que lleva sobre las rodillas un cesto con besugos.
—¡Arre allá!—grita el hombre enfurecido y quiere darle a la señora con la mercancía en la cabeza.
Los ánimos se tranquilizan al fin y el carruaje se pone en movimiento; pero al llegar al puente se cae otra mula y vuelven las voces del mayoral y el sobresalto de los viajeros y la desesperación mía, porque no voy a llegar a tiempo a la boda.
La mula, a fuerza de palos resuelve incorporarse, pero se niega a andar, sin que la conmuevan mis súplicas.
—Anda, mulita—la digo cariñosamente;—hazlo por mí, que estoy convidado a una boda y voy a llegar tarde.
No sin manifestar su disgusto con un par de coces, la mulita se decide a andar.
—Creí que íbamos a pasar en el puente el resto de nuestra vida—dice la señora.—¿Va usted a Carabanchel?—me pregunta.
—Sí, señora; ese es mi proyecto, pero me parece que no lo realizaré en lo que queda de semana.
—¿A Carabanchel alto o bajo?
—Alto.
—Yo me quedo en el bajo.
—Feliz usted.
—Porque esta noche hacemos *Los gansos*.
—¿Qué gansos?
—Los del Capitolio. Yo soy *aquetrin*.
—¿Cómo?
—Primera dama de *caracter*.
—¡Ah!
—Sí, señor; me habrá usted oído nombrar muchas veces. Soy la Cuba.
—Cuba, Cuba, sí; ya lo creo que he oído hablar de usted...
—Hemos organizado una compañía para funcionar en Carabanchel los sábados y domingos.
—¿Y qué tal? ¿Se gana?
—No podemos quejarnos: la semana pasada repartimos a nueve pesetas con once céntimos las primeras partes, y las segundas a tres con cinco.
—¡Vaya, vaya!
—¿Tendría usted ahí por una *casualidad* un terroncito de azúcar?
—No, señora.
—Es para *este*—exclamó besando al perro en el hocico.
—Pues dígame usted que dispense, pero me he venido sin terrones.
—Otra vez será.
El tranvía se detuvo en Carabanchel bajo; apeóse la primera actriz, no sin despedirse con las siguientes palabras:
—Dispense usted que no le dé la mano, pero tengo las dos ocupadas con *este*.
—Lo agradezco igual que si usted me la diera.
En el trayecto que separa a ambos Carabancheles se nos cayó otra mula; tuvimos que esperar un cruce; sufrimos un descarrilamiento, y al fin llegamos al término del viaje.
Corrí a la iglesia...
—¿Han llegado los novios?—pregunté al sacristán.
—¿Qué novios?
—El contrayente se llama Lino Fernández.
—¿Lino Fernández?... Anda, anda; pues no hace poco tiempo que se casó. ¿Como que ella está para dar a luz!...

LUIS TABOADA

Los consonantes.

Con el permiso de ustedes, torno al esabroso romance, aunque de inepto me tilden los Aristarcos más graves. Quizás pensarán algunos que es un trabajo muy grande marchar, armado de pluma en busca de consonantes. Pues no, señores; es cosa tan sencillísima y fácil, como ser hoy diputado o gobernador o alcalde. Vaya un botón para muestra, y si no tienen bastante,

hotonaduras distintas puedo al punto presentarles. Para *hijos* *fijos*, *prolijos*, y *baites* para los *frailtes*; para *hermosura*, *figura*, y para *madre*, *taladre*. Para *concepto*, *precepto*; para *fanales*, *crisales*, para *flores*, *suisenores*, y para *imagen*, *ultrojen*. Si una mujer es *hermosa*, y no la llamamos *ángel*, *rosa* llamarla podemos, aunque sea un *disparate*,

Si la pintamos muy bella
se impone la estrella al margen;
y el oro vale un tesoro...
¡quién lo tuviera á su alcance!
El juicio ya tras el velo,
los afanes con desmanes,
y celos, celos y anhelos,
nunca deben separarse.
Como delirio y martirio,
juntos van el arte y parte;
y sol y crisol se casan,
igual que alarde y cobarde.
Se agita el pecho y palpita
al embate del combate;
y el agua corre serena
por la arena de su cauce.
Juntas la gloria y la historia,
forman con victoria enlace;
y ágil y fácil, son primos
hermanos, de irradie y nadie...
Gerundios y participios
dan contingente abundante,
y los adverbios de modo
siempre están á nuestro alcance.

Nombres propios y apellidos
suplen deficiencias grandes;
y si la rima me apura...
¡infinitivos me salven!
Huyo del indio y del árabe,
para evitar atollarme,
porque esos dos sustantivos
son únicos en su clase.
Por eso, aunque me reprochen
los Aristarcos más graves,
para escribir copias, opto
por el sabroso romance.
¿Qué así hace versos cualquiera?
Es verdad, si hacerlos sabro;
y hoy ya, versifican todos
los seres, en cuanto nacen.
Y cada vez que he probado
que es una cosa muy fácil
caminar por esos mundos
á cara de consonantes,
me retiro por el foro
pues no quiero molestarles
ya por más tiempo, y me largo
¡con mis tripitas á otra parte!

LUIS FALCATO

Miseria humana.

Era Rubianes un hombre lleno de energías. Vivió soñando y soñando murió; soñando con la celebridad, con la gloria: ¡delirio de grandezas de un cerebro iluminado!...

Quiso ser inmortal y dió su corazón—¡un mundo de sentimientos!—en tres ó cuatro novelas. Revoltijo de sollozos y de carcajadas, de elegías y de himnos, de escepticismos y de creencias. La obra de un genio ó de un loco: ¡La obra de un sublimel!...

Esperó la sentencia de los críticos. No les ayudó, y los críticos guardaron un silencio despreciativo. Los periódicos no publicaron la noticia bibliográfica y los literatos sólo hablaron de él, en la tertulia de la cervicería, para lucir con media docena de chistes sangrientos, su ingenio, ese ingenio que únicamente aparece cuando se trata de molestar á un compañero.

Modernista hubo, que aseguró haber leído hacía algún tiempo las novelas citadas en francés y con la firma de un literato poco apreciado. Como si á ser cierto, dejara él pasar tan hermosa ocasión. Él, un autor que se encontró hechas sus obras...

Y aquel pobre novelista, falto de paciencia para ser un Cristo como el de Nazaret—él era un Cristo que crispaba los puños; un Cristo

rebeldé,—hubo de vacilar, y viendo la gloria muy lejos, abandonó la literatura, apostrofando con un gesto de soberano desdén á sus crueles inquilinos...

¡La política!... Su exagerada fantasía de poeta idealista, le hizo ver el Congreso como un templo donde los dioses son ideales, los apóstoles jefes de partido y las oraciones teorías. La tribuna parlamentaria parecióle un púlpito admirable para publicar la buena nueva... Y sugestionado, anhelante de fama, pordioseando gloria, se lanzó á la política el desdichado Rubianes.

En el meeting, con discursos, en el periódico, con artículos y en todas partes con propaganda, defendió sus ideas—ideas de fraternidad y de justicia; ideas de apóstol moderno—con braveza, con testarudez, con toda el alma... ¡Como se defiende la última ilusión!...

Pero cuando la realidad, la brutal realidad, esa inatigable y maldita aguafestas, le hizo ver las pequeñeces de la política, sus ruindades y miserias, la caída del soñador fué espantosa. ¡Era él tan delicado y es tan grosera la vida!

Abandonó la tribuna, abandonó el periódico, abandonó todo lo que era política, menos la idea, que no estaba en sus fuerzas abandonarla, porque se había infiltrado en su sangre, porque era una parte de su temperamento.

No faltó arte ni ciencia en que Rubianes no probase fortuna. Y siempre el mismo fracaso, injusto casi siempre. Las mujeres burláronse de su amor; los amigos le traicionaron, persiguieronle todos...

Y su espíritu, su admirable espíritu, forjado para las grandes luchas, las empresas heroicas y los martirios sublimes, rindióse á la avalancha de pasiones mezquinas y Rubianes murió. Y le sorprendió la muerte con el rostro contraído en un gesto que era un salvazó al mundo.

En el alero del tejado, frente a la abierta ventana de la alcoba fúnebre, un pajarito presenció el fin de la tragedia con inmovilidad extraña. Después... después extendiendo las alas voló muy decidido, como si fuera á lo alto á consignar su protesta, por la injusticia reciente.

Si, si, indudablemente el sabio erudito había prestado un señaladísimo servicio á las letras españolas descubriendo las novelas de un tal Rubianes que murió unos cien años antes, según los mejores cálculos. Nadie comprendía cómo el autor de obras tan bellas pudo pasar inadvertido tal cantidad de tiempo. Los periódicos colmaron de elogios al autor y al erudito que fué bien recompensado. Los editores hallaron un buen filón. Y el nombre de Rubianes tuvo lugar preferente en la historia de la literatura...

Un graciosísimo autor cómico halló en una de las novelas de Rubianes, asunto para una zarzuelita muy chistosa. Cambiando el carácter de algunos personajes é introduciendo varios chulos y señoritas toreras, el argumento servía á maravilla.

La zarzuelita fué estrenada con éxito. En los carteles anunciadores se advirtió que estaba inspirada en una novela del inmortal Rubianes...

«Y para mayor escarnio le pusieron Inrid».

JULIO POVEDA

El peor cazador... coge una liebre, por MEDINA VERA



Carta... escéptica.

Tu carta he recibido, Mari Rosa, y si he de ser, como pretendes, franco, no sé por qué me escribes, cuando sabes que no he de hacerte caso.
 ¿Qué pueden importarme á mí tus penas? ¿qué me importa tu llanto... y á que viene contarme esas historias propias de una novicia de quince años que desconoce el mundo por completo y que vive soñando!..

Que un hombre te engañó villanamente, que tú tomaste en serio sus halagos sintiendo en lo más hondo de tu pecho aquel amor tan ciego como infausto y que una noche, arrebatada, loca, vencida por el vértigo insensato de la pasión bravía que no repara en medios ni en obstáculos, sintiendo en tus mejillas ardorosas el calor sofocante de sus labios, no pudiste oponerle resistencia y caíste en sus brazos... ¡En fin, la historia eterna, invariable, de todas las que viven del pecado!

Luego te abandonó cobardemente y tú, sola en el mundo y sin amparo, perdiste poco á poco la vergüenza, te fuiste acostumbrando, vendiste tus abrazos y tus besos según la calidad del parroquiano... y hoy, cuando ya no sirve para nada tu cuerpo extenuado, me pides en tu carta suplicante, que dices que has regado con tu llanto, un pedazo de pan para tu boca ¡porque te mueres de hambre... y de cansancio!

¡Desdichada!.. te crees que soy el mismo que conociste tú no hace seis años, sin duda porque ignoras, Mari-Rosa, que estoy completamente transformado.

Porque he tenido penas muy amargas, porque he sufrido muchos desencantos y si he buscado en la amistad consuelo he servido de sátira y escarnio y he sido el blanco de las burlas todas de amigos, de parientes y de extraños... ¡y en un mundo tan grande, tan inmenso, me he encontrado yo solo con mi llanto!

Iba á mandarte lo que pides, pero ¿de qué te ha de servir? No te lo mando.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Meteoro.

Envolvieron su cuerpo finos pañales, se educó rodeada de institutrices y adquirió una cultura y unos modales patrimonio de reinas y emperatrices.

Elegante, ilustrada, rica y hermosa, fué despertando envidias por los salones y se mostró en amores tan desdeñosa que desairó millares de pretensiones.

Muy joven todavía, quedó arruinada por esas veleidades de la riqueza, y perdió en un momento la desgraciada, el humo que tenía en la cabeza; pues vió desvanecerse, una por una, todas sus ilusiones, y sus placeres, el amor que inspiraba por su fortuna y la envidia que daba á las mujeres.

Hoy emplea las lenguas que la enseñaron en rezar de mil modos á San Antonio para que vuelva alguno de los que osaron hablarla en otros tiempos de matrimonio.

RICARDO DE ZAVALA

El público en las pendencias, por MÉNDEZ ALVAREZ



MIENTRAS NO HAY MÁS QUE SOPAPOS, Á REIR...



PERO SALEN Á RELUCIR LAS ARMAS, Y ENTONCES... Á CORRER

De política, por ROJAS



—¡Con que los gamacistas votaron á Villaverde!
 —Sí, hombre, sí. Como es la última legislatura que van á votar...
 —¿La última?
 —Claro; como que D. Práxedes se propone botarles á ellos antes de dos meses.

Palique.

Ya veo, ya veo que están ustedes los madrileños ardiendo en fiestas en su coso, como en los tiempos del natal dichoso de Alimemon de Toledo.

El Congreso hispano-Campóo-americano; Biel, que da el sí, sin que tenga nada que decir Sagasta; la Duse, que les está dando á ustedes un repertorio á contrapelo y haciéndose admirar, y una visita de D'Annunzio en perspectiva, si no mienten los periódicos...

*o

Yo no soy de los que consideran el Congreso como un fracaso, por más que no ha dado el sí como Biel, que era lo que yo quería.

El Congreso, en el fondo, en lo que viene á ser su verdadera utilidad, no importa tanto por lo que es como por lo que parece. Hay que prescindir de ciertos Campóos y detalles. Eso, de lejos, no se ve.

La obra de la vanidad y de la garrulería queda desvanecida, como el esfuerzo frigorífico del elemento oficial, ante el efecto del conjunto.

Es claro que á mi me hubiera gustado más que hubiera predominado la generosa utopía. Ya que mucho de lo hablado no se ha de hacer, por ahora, se debió haber soñado mucho más.

He dicho mil veces, aquí y en papeles de América, que yo, radical en tan pocas ocasiones, lo soy en esto de la re-unióo hispano-americana. Para mi hay que poner las cosas tal como estaban cuando á Don Alfonso VI se le ocurrió repartir de mala manera su territorio.

España y Portugal son una sola nación. Toda la América hispano-

portuguesa es, como Portugal y España, Iberia. Sólo que, como la palabra *Iberia* es un poco cursi, desde aquello de «*Volvamos en sí*», yo prefiero decir España, aunque España sea palabra vascongada, como maliciaba el P. Isla, y aun en el supuesto de que signifique tierra de gazapos.

Que somos unos los de allá y los de acá se conoce en una porción de señales. No sólo en la importancia que damos á los Weyler, sino en lo oradores que somos todos y en lo mucho que nos gusta la poesía escultural.

Algunos señores americanos han escogido al Sr. Núñez de Arce como genio simbólico, en el cual han querido representar á todos nuestros grandes artistas de la palabra. Y hasta han llegado á proponer que se esculpa, ó lo que sea, una medalla con el busto de nuestro gran poeta y la fecha en que se juntaron á comer en su casa varios amigos.

¿Qué prueba esto? La unidad de la raza.

Porque ya no hay que fijarse en el hecho secundario y prosaico de haber sido Núñez de Arce el autor egregio que convidó á comer á esos señores. No, señor. Aunque la comida hubiera sido en casa de Campoamor, ó de Galdós ó de Valera, la proposición de la medalla hubiérase referido del mismo modo al Sr. Núñez de Arce; porque en América, igual que aquí, aman, sobre todo, los versos escultóricos ó esculturales, como sea. En fin, cosa de cincel.

o o

Uno de los motivos más poderosos que tengo yo para desear que cuanto antes españoles y americanos seamos unos, una sola nación confederada (además del placer honesto de darle gusto al Sr. Pi y Margall) es el anhelo de que podamos tratarnos con toda confianza, y no como naciones más favorecidas. Ahora, es claro; el pabellón cubre la mercancía, y si se nos presentan ripios de América, pienso, ante todo en la hospitalidad. Y es más, no sólo se hace la vista gorda para los estetas y sinsontes de allá,—oradores ó poetas—sino que hasta extendemos la benevolencia, como un manto, sobre nuestros vates con *pórtico* y nuestros Cicerones á cañío libre. No queremos que nuestros hermanos del otro lado del Atlántico nos vean en toda nuestra horrible desnudez.

Pasa Lastres, por ejemplo, y en vez de decirles á los americanos: —Ese es un señor de la Comisión de nacimiento, les decimos: Ahí va un ilustre juriconsulto que nos honró hasta en Estocolmo... ¡el kolmo!

Que hable San Pedro (yo nunca le he oído, pero me atengo á la tradición); pues si nuestros hermanos de allende, etc., empiezan á impacientarse, y á perder la noción del tiempo y la del espacio, les decimos: —Pues, no crean ustedes, no es pesado por lo general... sólo que, con esto del reloj de veinticuatro horas... El día que todos seamos unos, se sabrá quien es *Calleja*... y otros que pasan *plaza* de lo que no son.

Pero la confianza ha de ser mutua; nada de aduanas para el juicio; el *zollverein* crítico.

¡Tengo una *gana* de que llegue el día!

o°

Con los Italianos, aunque también son bastante latinos, nunca serán lícitas esas expansiones, porque no son ibéricos.

Por eso, cuando venga Gabriel D'Annunzio, si viene—y bien venido sea—no hay que hablar de estetas, porque aquí se toma el vocablo á mala parte. Hay que obsequiarle, porque lo merece; y cuidar de que ningún colega le llame *Grabiél*. Si habla él del *melagrano*, ya se sabe que quiere decir granada.

Muchas cosas de D'Annunzio son muy seriamente artísticas. Alabádselas.

Otras, si se les quita la salsa picante de la lascivia, quedan reducidas á una *Preceptiva* de esas que decreta Alix, y paso yo (padre de familia).

El esteticismo,—en el buen sentido de la palabra—(como diría un personaje de *Los Galeotes*), es una doctrina seria, antigua. Para verle en sus filosofías profundas hay que remontarse á Jacobi, Novalis, Schlegel, etc., etc.

Con menos ruido, pero no menos elocuencia que D'Annunzio, exponía el credo *esteticista*, hace pocos años, un joven francés de mucho talento, Pajo, en su *Idealismo integral*.

Con todo, á mí me parece doctrina errónea. Se quiere salvar la sustantividad de la belleza, y no se la hace *amoral*—como en la teoría pura del arte por el arte—sino *immoral*. ¿Immoral, por qué? Porque se saca de quicio la *finalidad sin fin*, se la compara con la moral en el terreno del *deber*, y lo estético, de *amoral* (extraño á la moral) se convierte en *immoral*.

Eso hace constantemente D'Annunzio; unas veces en verso, otras en prosa, otras en latas.

Pero, cuando él venga, si viene, no hay que discutir.

Digáselo que sobre gustos no hay disputas.

Y mientras él esté aquí... ¡el *pórtico* libre en el esteta libre!

CLARIN

Combinación provechosa.

Por ser cosa muy curiosa voy á contar al lector lo que ocurre en cierto pueblo llamado Valdecopón.

El boticario, el vejete don Indalecio Muñoz; era una buena persona, pero un día se prendó de cierta moza, con esa farmacéutica pasión conque aman los boticarios cuando se ponen, y el dios de las flechitas, en vez de darle en el corazón, le dió en el cerebro y ¡pasó se lo desequilibro.

A causa de tal estado, hoy despacha el buen señor al revés cuantas recetas le manda don Juan Quirós, que es el médico del pueblo según he sabido yo por una prima de leche del juez de Valdecopón.

Si en la receta le manda una pócima el doctor para que un enfermo quede más fresco que está una col, el boticario despacha con la mejor intención

un jarope que al enfermo le hace nadar en sudor.

Las recetas de los que tienen flojo algún tendón las despacha con pastillas de goma para la tos.

Si la receta es de cosas que han de curar el pulmón, al que va le da un colirio ó le da horchata de arroz.

Lo que no da es pie con bola el boticario en cuestión pues todo al revés lo sirve pensando siempre en su amor.

Y, sin embargo, en el pueblo, como hallan su curación los enfermos con las equivocaciones de Muñoz, le juzgan el boticario más entendido y mejor que ha existido desde Adán hasta Fabié ¡no que no!

¿Y cómo se obra el milagro? Pues muy sencillo, lector; porque el médico rural, el bueno de Juan Quirós, según dicen es un bruto de los de marca mayor que, trocando las dolencias, receta sin compasión

lo contrario cabalmente de lo que debe; y los dos como resultado de esta curiosa combinación, cobran allí buena fama, pues si receta el doctor lo opuesto á lo que es debido y luego después Muñoz

va y despacha lo contrario de lo que manda Quirós, un resultado producen que no puede ser mejor. Vea el lector cómo un bruto y un veje se echó la providencia están siendo de los de Valdecopón.

JUAN PÉREZ ZÓRGA

Desde la primera caja.

(HABLADURIAS TEATRALES)



La Duse, sólo la Duse, querido Ramón. «Cuando en los bosques canta el ruiseñor, todos los demás pajarillos enmudecen.»—dijo en un famoso artículo Caniete (D. Manuel), ¿te acuerdas?

Hoy la excelsa actriz italiana «modula sus trinos en Apolo y todos los artistas, á lo que sean, más ó menos españoles deben callarse por un rato. Y nosotros, los aficionados, debemos también «sepultar en el pecho admiraciones particulares» y dedicar nuestra atención á la maravillosa italiana.

Antes de entrar en materia, como dicen en sus conferencias los catedráticos de guardarrápia, debo manifestarte, Ramón de mi alma, que *La Gioconda* de D'Annunzio me ha parecido una *lala* soporífera. Nada de lo que allí ocurre tiene razón de ser; hay conflicto porque el autor quiere; pero el conflicto resulta terrón de sal, que en un vaso de agua se podría disolver en cinco minutos. Dices los que creen que dominan el idioma de Leopardi, que la prosa de *La Gioconda* es miel para de la Alcarria ó de Mantua, donde creo que también se rinde culto á la pureza de la miel; pero como yo no sé de italiano más que aquello *Se non e vero e ben trovato*, me pasaron completamente inadvertidas las preciosidades del diálogo. Créeme á mí, querido Ramón, si en lugar de ser Eleonora Duse la protagonista de *La Gioconda*, lo hubiera sido Loreto Prado, la Brú ó la Mirallis, con una manga de riego hubieran tenido los acomodadores que despertar al público al concluirse la tragedia.

Paz á D'Annunzio y santa gloria haya la desdichadísima *Gioconda*. He visto después á la Duse en *La dama de las camelias*, y aunque esta obra famosa—lo que puede el tiempo—va entrando ya en el terreno de lo disparatado, reconozco, paisano mío, que allí, ALLI, entendiéndolo bien, es donde el talento de la gran artista adquiere su mayor desarrollo, su más hermosa manifestación.

Yo te juro que no he sentido nunca emoción análoga á la que experimenté la noche del martes al final del acto segundo y en la conmovedora escena final. ¡Cómo se muere Margarita Gautier!

Si Urbana y tú me hubierais visto, menuda carcajada soltáis. ¡Dos lagrimones como puños rodando por mis carrillos!

Yo he visto morir en *La dama de las camelias* á Sara Bernhardt, á Virginia Mariní, á María Tubau y á Teresa Mariani... ¡que si quieres!

La Duse se muere mejor que los que se mueren de veras. Si para morir se uno tísico es indispensable desarrollar el monumento de arte que desarrolla esta italiana, te juro, Ramón de mi vida, que daría mi alma al demonio por morir de tuberculosis.

El público aclamó á la gran actriz todo lo que pudo, y no pudo mucho porque las manos se ocupaban al concluir *La dama de las camelias* en tarea más apremiante: la de limpiarse las lágrimas.

Lo dicho, Ramón. Cuando el ruiseñor trina los demás pajarillos enmudecen.

Callad... callad; de rodillas todo el mundo... pasa la Duse... ¡El arte está pasando!

UN PAISANO DE RAMÓN

Menudillos.

Se limpiaba las uñas un majadero con la punta afilada de un lapicero; ¡y no caía en por qué tan oscuras se las ponía!

—¿Con quién te casas, Fermín?

—Con una hermosa berlina.

—No te entiendo.

—¡Qué rocin!

con una chica divina que es natural de Berlín.

Por dar bombu á su tienda de prestamista, puso en ella un letrero que así decía: «Dinero por efectos, ropas y alhajas, únicos proveedores de la Real Casa».

Es tan zopenea Mariana, que se metió el otro día por un vestido de pana en una pana... deria.

RAMIRO MERINO

¡Qué cosas!, por PÉREZ AYALA



—Papá, será verdad que la Otero se casa con un primo suyo.
—Sí, hija mía, es verdad. Se casa con un primo.

Un libro de Taboada.

Se titula *Intimidades y recuerdos*, y lo forma una colección de artículos humorísticos, en los que burla burlando, cuenta Taboada en ese estilo suyo peculiar que nadie imita, porque es inimitable, su vida literaria, político y administrativa, que por la relación que tiene con otras cosas y lugares, viene a ser la historia de la literatura cómica en el último cuarto de siglo, año más, año menos.

Afirmar que el libro «se lee de un tirón»—frase esculpida en todos los establecimientos tipográficos,—es lo mismo que decir que el sol alumbra y que el agua moja.

Taboada es el primer autor cómico de estos tiempos. Ignoramos que exista ni un solo mortal que lo dude.

Intimidades y recuerdos hace reír mucho y a ratos llorar. Que los que viven de estas ligeras variedades tienen también su corazoncito, corazoncito que se va secando poco a poco mientras la cabeza se pone blanca y las manos se arrugan y las piernas flaquean...

Pero ¡qué importa! ¿Un libro de Taboada?

A reír, señores, que el autor es de los buenos y él siempre tiene una salida a mano y un chiste en cada línea.

Hagamos por la vida—que dice Echegaray—que ya harán por nuestra muerte.

CHISMES Y CUENTOS

Ya son Villaverde y Tejada de la Valdosa presidentes del Congreso y Senado, respectivamente.

Villaverde ya sabemos quién es. Por ahí se le llama «el hombre del empréstito».

De Tejada no se sabe nada. ¿Será pariente de un Sr. Tejada y Gómez, que fué administrador de loterías allá por el año 68? ¿Será primo hermano de Pepe Valdosa, un chico músico que ha escrito polkas y valsos muy agradables?

Regalaremos un tomo de poesías, con ripios y todo, de D. María-

no Catalina, presidente del Tribunal de Cuentas y secretario perpetuo de la Academia Española, al que nos saque de la duda.
Dios mío, ¿quién será Tejada de la Valdosa?

Leo:

«En los Cuatro Caminos, calle de San... no se qué, se ha abierto una tienda de géneros ultramarinos.
Asistieron al festín, que fué una fiesta completa, por *El Liberal*, Trompeta; por *El Imparcial*, Cantin.»

Dice *La Correspondencia*:

«Procedente de Roma ha regresado a esta corte nuestro amigo particular el escritor católico D. José María Carulla.»
Bueno.

Está el género chico tan averiado, que a nadie le sorprende, ni a mí me asombra, ver que se hacen las obras para los chistes en vez de hacer los chistes para las obras.

L. Gotzens.

Banquete de los periodistas españoles, banquete de Núñez de Arce, banquete de la Academia de Medicina, banquete de la colonia asturiana en Madrid; té de *La España Moderna*, té de *Blanco y Negro*, lunch de la Asociación de la Prensa...

¡Con todo eso hemos obsequiado a los Congresistas americanos!
¡Nosotros somos así!... Cuando nos ponemos a ser finos no hay quien nos gane.

No es que yo me oponga a tan justas expansiones; pero ¡caballeros, que les va a hacer daño!

Y si parecen de un reventón nuestros queridos hermanos, habrá que poner en su lápida:

«Aquí yacen los representantes americanos que murieron de un arsequito, como Lentejica.»

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. C. B.—*Cocentaina*.—Tiene usted razón. En vista de los malos verificadores que por ahí abundan se decide usted a fabricar renglones cortos y empieza así:

*Tierno y dulce pimpollo de la fragante rosa.
Ligertísimas alas de blanca mariposa.
Estrella blanca del cielo
que brilla en resplandor
es el niño de quien ABLO...*

Basta. Cuando hable usted con *ñ* seguiremos hablando.

JAMÁS SUPRE dolencia alguna en la boca el que usa a diario el mejor de los dentífricos conocidos: el *Licor del Polo de Oriva*.

JAM.—*Madrid*.—Larga, incorrecta y sin «final imprevisto». ¿Entiende usted?

R. P. F.—*Buenos Aires*.—Cantares con poca miga, no pueden entrar aquí. ¿Que quiere usted que le diga la causa? pues, porque sí.

ROLANDO.—*Cádiz*.—Un andaluz sin chispa viene a ser lo mismo que una escopeta sin cartuchos. Sólo sirve para... asustar.

R. L. M.—*Bilbao*.—Se publicará todo. Los monos son malos. No le da usted el naípe por ahí. Y conste que me he asesorado de personas inteligentes.

MONEDMO.—*Granada*.—¿Cree usted de buena fe que *Relámpagos* encajarían bien en un periódico cómico? Póngase la mano en la frente y medite.

A. E. T. C.—*Madrid*.—Envíe otra cosa. Esta no me acaba de gustar. C. M. N.—*Madrid*.—Blanco con *v* y *estancamiento* con *h*, son dos licencias poéticas que sólo se les toleran a los que tienen sentido común.

UN INDIFFERENTE.—Pues mire usted, uno de los *insectos* tuvo el buen humor de aceptar el convite. Tomó su café y su copita, se hizo muy amigo nuestro y afirmó que *la trampa* había estado muy bien colocada. Siendo que a usted no le parezca lo mismo. En estas cosas suelen discrepar las gentes por *Farnesio* más o menos.

ESEBEA.—Esas *arenitas* son demasiado menudas.

XXX.—*Barcelona*.—Mandé la firma.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

Casa fundada en 1760.

PEDRO DOMECCO

Jerez de la Frontera.

REPRESENTANTE EN MADRID:

D. José García Arrabal,

MONTERA, NÚM. 12, 2.º

Puntos de venta de los vinos de Domecco:

Alcalá, 17; Barrionuevo, 6; Barquillo, 12; Hortaleza, 15; Mayor, 32; Monterá, 55; Paseo de Recoletos, 21; Peligros, 10 y 12; Preciados, 8; Sevilla, 16, y en todos los principales ultramarinos y almacenes de vinos.

